

AUTORA DE LA SAGA DIVERGENTE

VERONICA
ROTH

LAS MARCAS

DE LA

MUERTE

HONOR Y SUPERVIVENCIA SON COSAS DISTINTAS



RBA

CAPÍTULO 7 | CYRA

La primera vez que vi a los hermanos Kereseth fue desde el pasadizo de los criados que discurría en paralelo a la Sala de Armas. Yo era varias estaciones mayor, ya cerca de la edad adulta.

Tras un ataque sufrido durante nuestra última travesía, mi padre se había unido a mi madre en la otra vida hacía ya unas cuantas estaciones. Mi hermano, Ryzek, recorría ahora el camino trazado para él por el difunto soberano, el camino hacia la legitimidad de los shotet. Puede que incluso hacia la dominación de los shotet.

Otega había sido la primera en hablarme de los Kereseth, puesto que los criados de la casa estaban susurrando la historia mientras trasteaban con las ollas y las sartenes de la cocina, y ella siempre me contaba lo que cotilleaban.

—Se los llevó el mayordomo de tu hermano, Vas —me dijo mientras revisaba mi trabajo en busca de errores gramaticales.

Todavía me enseñaba literatura y ciencia, aunque yo la había superado en otras asignaturas y ahora estudiaba por mi cuenta cuando ella volvía a ocuparse de nuestras cocinas.

—Creía que Ryzek había enviado soldados para capturar al oráculo. Al mayor —respondí.

—Lo hizo, pero el oráculo mayor se quitó la vida en la pelea para

evitar que la capturaran. En cualquier caso, Vas y sus hombres tenían la orden de ir a por los hermanos Kereseth. Vas se los llevó a rastras por la División mientras ellos pataleaban y gritaban, por lo que cuentan. Sin embargo, el menor, Akos, se liberó de sus ataduras de algún modo, robó una hoja y la usó contra uno de los soldados de Vas.

—¿Cuál de ellos? —pregunté.

Conocía a los hombres con los que viajaba Vas. Sabía que a uno le gustaban los caramelos, que otro tenía débil el hombro izquierdo y que otro había amaestrado un pájaro para que comiera de su boca. Resultaba útil estar al corriente de aquel tipo de cosas; por si acaso.

—Kalmev Radix.

El aficionado a los caramelos, entonces.

Arqué las cejas. Kalmev Radix formaba parte de la élite de confianza de mi hermano y, sin embargo... ¿lo había matado un chico thuvhesita? No era una muerte honorable.

—¿Por qué se llevaron a los hermanos? —pregunté.

—Por sus destinos —respondió Otega subiendo y bajando las cejas—. O eso dicen. Y como, evidentemente, Ryzek es el único que los conoce, es mucho decir.

Yo desconocía los destinos de los hermanos Kereseth; de hecho, no conocía ningún destino salvo el de Ryzek, a pesar de que los habían anunciado hacía unos días en el agregador de noticias de la Asamblea. Ryzek había cortado el agregador un instante después de que el líder de la Asamblea saliera en pantalla. El líder había hecho el anuncio en othyrio y, aunque hacía más de diez estaciones que en nuestro país estaba prohibido hablar y aprender cualquier otro idioma que no fuera shotet, era mejor no arriesgarse.

Mi padre me había informado sobre mi destino después de que se manifestara mi don, y lo había hecho sin grandes preámbulos: «El segundo descendiente de la familia Noavek cruzará la División». Un destino extraño para una hija de las familias agraciadas, pero solo por lo aburrido que era.

Ya no solía vagar tan a menudo por los pasadizos de los criados (en la casa sucedían cosas que no deseaba ver), pero por echarles un vistazo a los Kereseth secuestrados... Bueno, tenía que hacer una excepción.

Lo único que sabía de los thuvhesitas, aparte de que eran nuestros enemigos, era que tenían la piel fina, fácil de atravesar con una hoja, y que se atiborraban de flores del hielo, la savia de su economía. Había aprendido su idioma por insistencia de mi madre (la élite shotet estaba exenta de las prohibiciones de mi padre sobre el aprendizaje de idiomas, por supuesto), y a mi lengua, acostumbrada a los duros sonidos del shotet, le costaba amoldarse a los rápidos tonos quedos del thuvhesita.

Sabía que Ryzek ordenaría que llevaran a los Kereseth a la Sala de Armas, así que me acuclillé en las sombras y deslicé el panel de la pared de modo que solo quedara una rendija para mirar; entonces oí las pisadas.

La habitación era como las demás de la mansión de los Noavek: paredes y suelo de madera oscura tan pulida que parecía cubierta de una capa de hielo. Del techo colgaba una elaborada araña de globos de cristal y metal retorcido. Diminutos insectos fenzu revoloteaban dentro de los globos y proyectaban una fantasmagórica luz cambiante por la sala. El espacio estaba casi vacío, y todos los cojines del suelo (colocados sobre bajos bancos de madera, para mayor comodidad) no hacían más que acumular polvo, de modo que su color crema se había vuelto gris.

Vi a Vas, el mayordomo de mi hermano, antes que a nadie. En un lado de la cabeza llevaba el pelo largo, con mechones grasientos y lacios; en el otro, lo llevaba afeitado y la piel se le veía roja por el efecto de la cuchilla. A su lado caminaba arrastrando los pies un chico mucho más pequeño que yo, con una piel que era un mosaico de moratones. Tenía los hombros estrechos, y era flaco y bajo. Su piel era clara, y se le notaba cierta tensión recelosa en la postura, como si se estuviera preparando.

Tras él se oyeron unos sollozos ahogados; era otro chico de pelo tupido y rizado que avanzaba dando tumbos. Era más alto y ancho que el primer Kereseth, pero iba encogido de miedo, así que casi parecía más pequeño.

Aquellos eran los hermanos Kereseth, los niños predestinados de su generación. No impresionaban demasiado.

Mi hermano, que estaba estirado cuan largo era en los escalones que subían a una plataforma elevada, esperó a que cruzaran la sala. Se había cubierto el pecho con una armadura, pero llevaba los brazos al aire, para que se viera la hilera de marcas de víctimas que le recorría la parte posterior del antebrazo. Habían sido muertes ordenadas por mi padre para contrarrestar los rumores que pudieran propagarse entre las clases inferiores sobre la debilidad de mi hermano. Blandía una pequeña hoja de corriente en la mano derecha, y cada pocos segundos le daba vueltas en la palma de la mano, cogiéndola siempre por el puño. A la luz azulada, la piel se le veía tan pálida que parecía un cadáver.

Sonrió enseñando los dientes cuando vio a sus prisioneros thuvhesitas. Mi hermano era guapo cuando sonreía, aunque eso significara que estaba a punto de matarte.

Se inclinó hacia atrás, apoyó los codos en los escalones y ladeó la cabeza.

—Vaya, vaya —dijo.

Su voz era profunda y ronca, como si acabara de pasarse la noche gritando a pleno pulmón.

—¿Este es el crío del que tanto he oído hablar? —preguntó Ryzek señalando con la cabeza al Kereseth magullado. Hablaba un cuidadoso thuvhesita—. ¿El chico que se ha ganado una marca incluso antes de meterlo en la nave? —dijo riendo.

Entorné los ojos para mirarle el brazo al chico herido: tenía un corte profundo en la parte carnosa del brazo, justo debajo del codo, y una franja de sangre reseca que le manchaba la muñeca y se le metía entre los dedos. Una marca que indicaba una víctima. Una muy nueva

cuyo nombre, si los rumores no mentían, era Kalmev Radix. Entonces, aquel era Akos, y el que sollozaba era Eijeh.

—Akos Kereseth, el tercer hijo de la familia Kereseth —dijo Ryzek.

Se levantó, sin dejar de darle vueltas al cuchillo en la palma de la mano, y bajó los escalones. Hasta Vas parecía bajo a su lado. Era como un hombre de estatura normal, pero estirado de tal modo que resultaba más alto y delgado de lo que debía, con los hombros y las caderas demasiado estrechos para soportar su propia estatura.

Yo también era alta, pero ahí acababan las similitudes físicas con mi hermano. No era raro entre los hermanos shotet parecer distintos, dada la mezcolanza de nuestra sangre, pero nosotros dos lo éramos más que la mayoría. El chico, Akos, alzó los ojos hacia Ryzek.

La primera vez que había visto el nombre «Akos» había sido en un libro de historia de los shotet. Se trataba de un líder religioso, un clérigo que había preferido quitarse la vida antes que deshonorar sus creencias blandiendo una hoja de corriente. Así que aquel chico thvhesita tenía un nombre shotet. ¿Acaso sus padres habían olvidado los orígenes del nombre? ¿O querían honrar su sangre shotet largo tiempo olvidada?

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Akos en shotet con voz ronca.

La sonrisa de Ryzek se ensanchó.

—Veo que los rumores son ciertos: puedes hablar la lengua profética. Fascinante. Me pregunto cómo conseguirías tu sangre shotet. —Tocó con el dedo el rabillo del ojo de Akos, justo donde tenía un moratón, y el chico hizo una mueca de dolor—. También veo que has recibido un buen castigo por asesinar a uno de mis soldados. Por lo que tengo entendido, tienes las costillas dañadas.

Ryzek se encogió un poco mientras hablaba. Solo alguien que lo conocía desde hacía tanto tiempo como yo lo habría visto, estaba convencida. Mi hermano odiaba ver sufrir a los demás, no por empatía por esas personas, sino porque no le gustaba que le recordaran la existencia del dolor, al que era tan vulnerable como todo el mundo.

—Casi he tenido que cargar con él hasta aquí —comentó Vas—. Y tuve que cargar con él para meterlo en la nave.

—Lo normal es que no hubieras sobrevivido a un gesto de desafío como matar a uno de mis soldados —dijo Ryzek, que hablaba con Akos como si fuera un niño—, pero tu destino es morir sirviendo a la familia Noavek, morir sirviéndome a mí, así que primero prefiero aprovecharte unas cuantas estaciones.

Akos había estado tenso desde que lo había visto entrar. Mientras yo observaba la escena, fue como si toda su fortaleza se fuera derri-tiendo para dejarlo tan vulnerable como un niño pequeño. Curvó los dedos, pero no para cerrarlos en puños, sino pasivamente, como si durmiera.

Supongo que hasta entonces no había sabido cuál era su destino.

—No es cierto —repuso, como si esperase que Ryzek fuera a aliviar su miedo; me apreté el estómago con la palma de la mano para aguantar una punzada de dolor.

—Oh, te aseguro que lo es. ¿Quieres que te lea la transcripción del anuncio?

Ryzek se sacó un trozo de papel del bolsillo de atrás (estaba claro que había ido a la reunión preparado para sembrar el caos emocional) y lo desdobló. Akos temblaba.

—«El tercer hijo de la familia Kereseth —leyó Ryzek en othyrio. De algún modo, escuchar el destino en el idioma en el que había sido anunciado lo hacía más real. Me preguntaba si Akos, que se estremecía con cada sílaba, sentiría lo mismo— morirá sirviendo a la familia Noavek».

Ryzek dejó caer el papel. Akos lo agarró con tanta fuerza que casi lo rompió. Permaneció agachado mientras lo leía una y otra vez, como si releerlo fuera a cambiarlo. Como si su muerte y su servicio a nuestra familia no estuvieran predestinados.

—No será cierto —dijo Akos esta vez con más fuerza, mientras se levantaba—. Preferiría... Preferiría morir antes que...

—Oh, no creo que sea verdad —lo interrumpió Ryzek, que había

bajado tanto la voz que casi era un susurro. Se inclinó para acercarse al rostro de Akos. El muchacho perforó el papel con los dedos aunque, por lo demás, permaneció inmóvil—. Conozco el aspecto que tiene la gente cuando quiere morir; yo mismo he llevado a muchas personas hasta ese punto. Y tú sigues estando desesperado por sobrevivir.

Akos respiró hondo y dirigió la mirada hacia mi hermano con más temple.

—Mi hermano no tiene nada que ver contigo. No tienes derecho a reclamarlo. Deja que se vaya y... no te causaré ningún problema.

—Pareces haber hecho varias suposiciones incorrectas sobre lo que tu hermano y tú estáis haciendo aquí —repuso Ryzek—. Aunque lo hayas dado por sentado, no hemos cruzado la División solo para acelerar tu destino, y tu hermano no es el daño colateral; tú lo eres. Fuimos a buscarlo a él.

—Tú no has cruzado la División —lo corrigió Akos—. Tú te quedaste aquí y enviaste a tus lacayos a hacer todo el trabajo en tu lugar.

Ryzek se volvió y se subió a la plataforma. La pared que había sobre ella estaba cubierta de armas de todos los tamaños y formas, casi todas ellas hojas de corriente tan largas como mi brazo. Seleccionó un cuchillo grande y macizo con una empuñadura robusta, parecido a una cuchilla de carnicero.

—Tu hermano tiene un destino concreto —dijo Ryzek mientras examinaba el cuchillo—. Dado que no conocías tu propio destino, supongo que tampoco conoces el suyo.

Entonces sonrió como sonreía cada vez que estaba convencido de saber algo que los demás ignoraban.

—«Ver el futuro de la galaxia» —citó mi hermano esta vez en shotet—. En otras palabras, ser el siguiente oráculo de este planeta.

Akos guardó silencio.

Me alejé de la rendija de la pared y cerré los ojos para protegerlos de la luz y poder pensar.

Para mi hermano y mi padre, todas las travesías desde que Ryzek era pequeño habían sido búsquedas de un oráculo, y todas ellas habían

fracasado, seguramente porque era casi imposible pillar desprevenido a alguien que sabía que ibas a por él. O a alguien que podía quitarse la vida con una hoja para evitar que lo capturaran, como había hecho el oráculo mayor en la misma invasión en la que habían secuestrado a los Kereseth.

Sin embargo, al parecer Ryzek había encontrado por fin la solución: había ido a por dos oráculos a la vez. Uno se había escapado al morir. Y el otro, este Eijeh Kereseth, no sabía lo que era. Todavía era blando y lo bastante maleable como para que la crueldad de los Noavek pudiera moldearlo.

Me acerqué de nuevo para oír a Eijeh, que tenía inclinada hacia delante la cabeza coronada de rizos.

—Akos, ¿qué está diciendo? —preguntó en un vacilante thuvhesita mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

—Está diciendo que no fueron a Thuvhe a por mí —respondió Akos sin volver la mirada. Era raro oír a alguien hablar dos idiomas a la perfección, sin acento. Envidié aquella capacidad—. Fueron a por ti.

—¿A por mí? —Eijeh tenía los ojos de un tono verde pálido, un color poco habitual, como el de las alas iridiscentes de los insectos o el del flujo de la corriente después de la hora adormecida. En contraste con su piel castaño claro, tan parecida a la tierra lechosa del planeta Zold, casi parecían brillar—. ¿Por qué?

—Porque eres el próximo oráculo de este planeta —respondió Ryzek en la lengua materna del chico, tras bajar de la plataforma con el cuchillo en la mano—. Verás el futuro en sus múltiples variedades. Y, en concreto, existe una variedad sobre la que deseo saber más.

Una sombra voló por el dorso de mi mano como un insecto; mi don hacía que me dolieran los nudillos como si se me fueran a romper. Ahogué un gruñido. Sabía qué futuro quería Ryzek: dirigir Thuvhe además de Shotet, conquistar a nuestros enemigos, que la Asamblea lo reconociera como líder legítimo del mundo. Sin embargo, su destino pesaba sobre él tanto como ahora le pesaba a Akos el suyo, ya que el destino de mi hermano era caer ante nuestros enemigos, en vez de

reinar sobre ellos. Necesitaba un oráculo si deseaba evitar ese fracaso; y ahora tenía uno.

Yo deseaba tanto como mi hermano que se reconociera a Shotet como nación, que dejara de ser considerada como un grupo de advenedizos rebeldes. Entonces ¿por qué el omnipresente dolor de mi don crecía por momentos?

—No... —empezó a decir Eijeh mientras contemplaba el cuchillo en la mano de Ryzek—. No soy un oráculo, nunca he tenido una visión, no puedo... No podré...

Volví a apretarme el estómago.

Ryzek dejó el cuchillo en equilibrio sobre la palma de su mano y le dio un capirote para girarlo. El arma empezó a moverse en círculo. «No, no, no», me encontré pensando, sin saber bien por qué.

Akos se interpuso entre Ryzek y Eijeh, como si pudiera detener a mi hermano tan solo con la carne de su cuerpo.

Ryzek observaba los giros del cuchillo mientras avanzaba hacia Eijeh.

—Entonces, tendrás que aprender deprisa a ver el futuro —dijo—, porque quiero que encuentres la versión que necesito y que me digas lo que debo hacer para conseguirla. ¿Por qué no empezamos con una versión del futuro en la que sea Shotet la que controle este planeta y no Thuvhe, ¿eh?

Le hizo un gesto con la cabeza a Vas, y este obligó a Eijeh a hincarse de rodillas. Ryzek cogió la hoja por el puño y tocó la cabeza de Eijeh con el filo, justo debajo de la oreja. El chico gimió.

—No puedo... —dijo—. No sé cómo provocar las visiones, no...

Y, entonces, Akos se abalanzó sobre mi hermano desde un lado. No era lo bastante grande para derribarlo, pero lo cogió con la guardia baja y lo hizo tambalear. Después echó el codo atrás para golpearlo. «Qué estúpido», pensé. Ryzek fue mucho más rápido y le dio una patada desde el suelo, acertándole en el estómago. Luego se levantó, agarró a Akos por el pelo, tiró de él para levantarle la cabeza y le rajó la cara desde la oreja a la barbilla. Akos gritó.

Era uno de los lugares preferidos de mi hermano para cortar a la gente. Cuando decidía dejarle una cicatriz a alguien, quería que fuera visible. Insoslayable.

—Por favor —dijo Eijeh—. Por favor, no sé cómo hacer lo que pides; por favor, no le hagas daño, no me hagas daño, por favor...

Ryzek se quedó mirando a Akos, que se sujetaba la cara mientras el cuello se le empapaba de sangre.

—No conozco esa palabra thuvhesita, «por favor» —respondió.

Aquella misma noche, más tarde, oí un grito que retumbó por los silenciosos pasillos de la mansión de los Noavek. Sabía que no pertenecía a Akos porque lo habían enviado con nuestro primo Vakrez para que «se le endureciera la piel», como había dicho Ryzek. Reconocí en aquel grito la voz de Eijeh, alzada en reconocimiento del dolor mientras mi hermano intentaba arrancarle el futuro de la cabeza.

Soñé con aquel grito muchas noches después de aquella.

HAY DONES QUE SE
CONVIERTEN EN MALDICIONES.
Y HAY MALDICIONES QUE
LIBERARÁN A TODO EL UNIVERSO.

El don de la joven CYRA consiste en provocar dolor.
El mismo dolor atroz que ella siente en todo momento.

El don de AKOS le hace inmune a los dones de los demás, pero ¿basta para salvar a su familia y a sí mismo de un destino tan injusto como cruel?

En un universo en guerra, los dones de CYRA y AKOS hacen que sean vulnerables, peones en manos de quienes quieren aprovecharse de su poder. Su única esperanza reside en aunar esfuerzos para luchar contra la injusticia y...

CONVERTIR EL DOLOR EN FUERZA.
LA DESCONFIANZA EN LEALTAD.
EL AMOR EN ANSIA DE LIBERTAD.



www.rbalibros.com

RBA MOLINO